

# SEXUALIDAD ADULTA

## “DERIVACIONES DE LA SEXUALIDAD”

**Carmen Ferrer Román**

La sexualidad es el eje central de la vida humana, del universo somato-psíquico, la fuente libidinal de la sublimación y de todas las producciones culturales.

El objetivo de la sexualidad es la búsqueda del goce, así pues, bajo esta perspectiva se abre un amplio abanico de posibilidades para buscarlo, en diferentes partes del cuerpo y/o mediante diversas actuaciones.

Lo que comanda la sexualidad es **la pulsión** que comporta una energía libidinal que nos empuja hacia su satisfacción desde el principio de la vida.

Sigmund Freud fundamentó, a principios del siglo XX, una nueva concepción de la sexualidad sobre los siguientes supuestos:

- El monismo de la libido: solo hay una libido universal para todos los individuos.
- El no reconocimiento inconsciente de la diferencia de los sexos: para lo inconsciente todos somos iguales.
- La sexualidad es tanto una representación o construcción mental como el lugar de una diferencia anatómica.

La sexualidad no es algo ya estructurado previamente sino que se construye, su desarrollo va parejo a la estructuración psíquica del sujeto. Comienza a desarrollarse muy temprano, en los primeros tiempos del bebé, a través del vínculo madre-hijo.

En los comienzos, el placer sexual está ligado a las necesidades vitales (alimentación, excretoras, visuales, auditivas, etc.).

Más adelante se buscará el placer por sí mismo independientemente de todo placer funcional, sin objeto exterior y de forma local, en determinadas zonas del cuerpo, las llamadas zonas erógenas que el niño estimula con actividades autoeróticas.

En las etapas preedípica y edípica se van sucediendo diferentes deseos y conflictos que se perpetúan, de un modo u otro, hasta la sexualidad adulta. Es durante el transcurso del complejo de Edipo y en su resolución cuando se va definiendo la derivación que tomará la sexualidad en cada persona. La identidad sexual y la elección del partenaire sexual no se transmiten por herencia biológica sino a través del discurso y el funcionamiento inconsciente de los padres.

El momento crucial del Edipo es aquel en el que el sujeto se confronta a la carencia fálica de la madre. Esto le conduce al descubrimiento de la diferencia de los sexos: el niño ha de admitir (o no) que no todos los seres humanos son iguales, tal como había supuesto hasta ese momento. Las mujeres le aparecen como castradas porque no tienen pene y él -como el resto de los hombres- susceptible de perder su apreciado pene.

Ante ello, el niño o la niña pueden optar por dos caminos diferentes: o bien el de las neurosis (histérica, obsesiva o fóbica) o bien el de las perversiones.

En la elección neurótica el sujeto articulará, como respuesta, las denominadas *fantasías originarias*, que se encuentran en todos nosotros: escena originaria, castración, seducción.

- La escena originaria hace referencia al origen del individuo.
- La castración al origen de la diferencia de los sexos.
- La seducción al origen o surgimiento de la sexualidad.

El otro camino es el de las perversiones, herederas en cierta manera, de la sexualidad infantil que, tal como la definía Freud, es perversa y polimorfa.

El psicoanálisis entiende las perversiones de un modo particular, ya que para nosotros son la consecuencia de esos atolladeros en que puede verse envuelto el sujeto.

Sobre el origen de las perversiones hay diversas teorías: Freud pone el peso en la renegación de la castración materna.

Cuando se efectúa el descubrimiento de que las mujeres no tienen pene, algunos individuos no lo aceptan y lo reniegan. La renegación supone, por un lado, aceptar lo que han comprobado fehacientemente y, por otro, negarlo con actuaciones que lo invalidan. En esta situación, la evolución sexual queda truncada porque al no aceptarse la diferencia de los sexos, el transcurso del proceso edípico tropieza con dificultades que comprometen la resolución final. Esta consiste, habitualmente, en la admisión de la carencia fálica de la madre, que queda referida a partir de entonces al padre como brazo ejecutor de la misma. En estos momentos el amor del niño hacia la madre se entronca con el deseo de poseerla sexualmente pero a ello se interpone la prohibición paterna que el niño vive como una amenaza de castración; ante tal riesgo renuncia a la madre, salva su pene y acepta la ley del padre que es el origen del superyó, o conciencia moral.

Cuando no se culmina este proceso y el sujeto insiste en renegar la castración materna se ve abocado al funcionamiento perverso, del cual el ejemplo más claro y llamativo es el fetichismo. El sujeto "coloca" un objeto en el lugar del inexistente pene materno para poder disfrutar sexualmente. Durante la exposición veremos desarrollado un caso sobre este tema.

Por otro lado, el sujeto que ha vivido un complejo de Edipo más típico alcanzando a su final la etapa genital, tampoco puede satisfacer plenamente la pulsión con el ejercicio de la sexualidad y es cuando esta deriva hacia la sublimación dirigiéndose a la consecución de otros objetivos: culturales, sociales, artísticos, etc.

Cuando el sujeto no desarrolla la posibilidad de sublimar, la pulsión lo ahoga y pueden aparecer diferentes actuaciones o síntomas.

Así pues, vemos que la sexualidad humana, de una forma u otra, siempre es conflictiva; ya sea porque su evolución tropieza con obstáculos que la entorpecen, o bien, porque a pesar de haberse culminado su desarrollo, el

ejercicio de la sexualidad adulta no logra alcanzar la satisfacción anhelada inconscientemente.